

Isabel Oliver González

Blasco Ibáñez, político y escritor comprometido

La figura de Blasco político y Blasco escritor es indisociable. Si tuviéramos que discernir en profundidad qué faceta de las dos nació antes, yo diría que la de político; aunque todos sabemos que se estrenó primero como escritor.

Pero, como yo digo, que un cincuenta por ciento de lo que una persona será en el futuro está en los genes y el otro cincuenta se reparte entre la educación y las circunstancias que le toque vivir, creo necesario dedicar un pequeño espacio de tiempo a presentar a los padres de Vicente Blasco Ibáñez. ¿Quiénes eran? ¿de dónde venían?, ¿cuál era su educación?

Empecemos por la madre. Ramona Ibáñez Martínez, nace en Calatayud en 1842. Sus padres estaban económicamente bien situados. El padre era funcionario del Ayuntamiento y la madre procedía de una familia que era dueña de muchas casas. En aquella época sólo las clases adineradas sabían leer y escribir. Ramona sabía. Fue educada en un colegio de monjas; de ahí le vendría la piedad cristiana que nunca abandonó.

No era guapa, pero sí alta y esbelta: aún así, tenía veintitrés años y ningún joven de su clase había pedido su mano. Hay que decir que en aquéllos tiempos eran los padres los que pactaban el casamiento de sus hijos sin tener apenas en cuenta la opinión de los jóvenes casaderos, y al padre de Ramona ningún joven le parecía adecuado para su hija.

Ramona es enviada a Valencia a casa de sus tíos, probablemente con la esperanza de que en la rica y bulliciosa ciudad del Turia encontrase novio. Su tío, Mariano Cabrerizo es editor, librero y político liberal. Recibe en su casa a importantes intelectuales como los escolapios Arolas, poeta; Pascual Pérez, escritor y Vicente Boix, cronista. En aquél ambiente acabó de cultivarse la joven Ramona en unos valores cultos y liberales que después transmitiría a su hijo Vicente.

El padre de Vicente Blasco Ibáñez, Gaspar Blasco, también era de Aragón,

concretamente de Aguilar de Alfambra, un pueblecito de Teruel. Es el mayor de seis hermanos, que trabajan las arrendadas tierras que apenas les dan para salir adelante.

Con dieciocho años, tras fallecer su padre, se suma al éxodo de las gentes del campo hacia las grandes ciudades buscando mejor acomodo y dignidad que la que da el trabajo en una tierra inhóspita de sol a sol.

La sociedad industrial de mediados del siglo XIX, sobre todo la dedicada al comercio está estructurada bajo la figura del paternalismo patronal: el dueño del negocio acoge al aprendiz, le da comida y techo en un jergón en la trastienda del negocio, le hace trabajar doce horas y no le da un salario hasta que pasan tres o cuatro años. Cuando el amo considera acabado el periodo de aprendizaje, incorpora al pupilo mercantil a las tareas de venta de cara al público y entonces le asigna un sueldo. Sueldo que no le da, sino que administra hasta que el ya oficial se casa y/o acomete la aventura de establecer un negocio por su cuenta. Es un régimen casi esclavista que todos aceptan y que después pondrán en marcha con los adolescentes que lleguen a sus tiendas en busca de prosperidad en un día lejano.

Cuando Ramona conoce a Gaspar, él ya era el dependiente mayor de la tienda de coloniales (ultramarinos). El joven había aprendido modales en el trato con la clientela y además, era muy guapo.

Entonces tenía veintidós años y el amo le guardaba casi cuatro mil reales para cuando decidiera establecerse por su cuenta. Gaspar le cae bien a la tía de Ramona, Vicenta, quien escribe a los padres de ésta con muy buenas referencias del pretendiente para que consientan en el casamiento. A pesar de las reticencias de los padres de Ramona, los jóvenes contraen matrimonio a primeros de enero de 1866 en la popular iglesia de los Santos Juanes y se instalan en el número ocho de la calle de la Jabonería Nueva, situada muy cerca del mercado Central, en la entreplanta de la tienda de ultramarinos que Gaspar acaba de adquirir.

Pronto los nuevos vecinos se harán queridos y respetados en el barrio y se crearán tertulias alrededor del mostrador de la tienda e incluso dentro del habitáculo de la pareja, Allí nacerá Vicente Blasco Ibáñez, un año más tarde, el día veintinueve de enero de 1867.

Cuando Blasco viene al mundo la situación política de España es muy delicada: se vivía un clima político depresivo que arrastró al exilio a personalidades tanto progresistas como moderadas — Pi y Margall, Castelar—. Se fraguaba el golpe de Estado agravado aún más por la desestabilización económica. El General Prim fue el líder del levantamiento que triunfó, y en 1868, tras siete cambios de gobierno y varios intentos desestabilizadores del régimen isabelino, la reina Isabel II sería derrocada y ésta se refugiaría en Francia.

Veintitrés años más tarde, en su artículo titulado “Gracias a todos” Blasco escribe: “... Cerca del mercado hay una calle habitada por industriales modestos, zapateros, tenderos de comestibles...” y más adelante continúa: “...Esta calle es mi vida. La primera emoción de mi existencia fue verla lóbrega y desempedrada en una noche de 1869 cerrada por montones de adoquines, sobre los cuales, hombres barbudos y valerosos, con kepis gris y el fusil preparado, se disponían a pelear por la república federal”.

Blasco sólo tenía dos años de vida, y sin embargo, veintiún años después recordaba en este artículo la impresión que le produjo ver a unos hombres, muchos de ellos vecinos suyos, defendiendo una plaza; una calle, y con ella a sus habitantes.

Él con dos años no sabía lo que quería decir la palabra republicano; pero el mensaje subliminar que le llegó identificando como “los buenos” a los hombres barbudos que protegían su calle, fue determinante en el nacimiento de la conciencia política republicana de Vicente Blasco Ibáñez.

El general Prim había ordenado el desarme de todas las milicias; el veinte de septiembre era asesinado en Tarragona el secretario del gobernador, Raimundo Reyes, seis días más tarde salía publicada una circular en la Gaceta, prohibiendo las manifestaciones republicanas, ya que atribuía a las libertades de imprenta y de reunión la muerte acaecida.

Se sublevaron los batallones milicianos de Asturias, Galicia, Barcelona, Zaragoza y Alicante. Valencia lo hizo cuando el capitán general procedió al desarme.

Blasco político se gesta en el ambiente republicano de su entorno y se parirá a sí mismo años más tarde a través de sus escritos y sus manifestaciones activas. Porque un

político no lo es sólo desde el momento de la obtención de un carné de militante en un partido político, ni desde que ocupa un cargo medio en la directiva del mismo, ni cuando obtiene el acta de diputado, ni cuando llega a Presidente de la Nación.

Una persona se convierte en político cuando toma conciencia de que sus convicciones han crecido tanto dentro de ella, que le obligan a comprometerse activamente en defender los derechos de la sociedad.

Blasco Ibáñez comienza su compromiso político desde la universidad: Orientado por su madre que quería que fuese notario y no comerciante de baja monta como su padre, estudia la carrera de Derecho.

No es buen estudiante. Hace continuos novillos y dedica mucho de su tiempo a apoyar desde la Universidad las frecuentes huelgas de los trabajadores gremiales que piden un salario más justo; suma con sus proclamas la adhesión estudiantil. Blasco es un abanderado, un conductor de masas, que en esta y otras manifestaciones estudiantiles pone al servicio de la causa republicana su ardor juvenil.

Decía al principio que en Blasco la palabra escrita y la política son indisociables: Con diecisiete años ya se sentó en el banquillo de los acusados como reo de lesa majestad, por escribir un soneto contra todas las monarquías. Y le seguirán otras ocasiones a lo largo de su vida en las que sería encarcelado, y otras en las que se exiliaría por no serlo.

Su ardor republicano le llevará en 1887, con veinte años de edad, a ser elegido Presidente de las Juventudes Republicanas.

Blasco es un admirador ferviente de Ruiz Zorrilla, jefe del Partido Progresista. Zorrilla es un hombre admirado por todos y tenido como ejemplo a seguir por su republicanismo puro, imbuido de austeridad y honradez; pero su pensamiento político tomará partido por la doctrina de Pi i Margall, que predicaba una República federal.

Blasco Ibáñez escribe:” La afición al estudio me llevó a buscar nuevos horizontes, leí las inmortales obras de Pi i Margall, vi en ellas que la República sin el sistema Federal es la Democracia incompleta, me convencí, después de grandes reflexiones, que en la realización de tales doctrinas consistía la revolución necesaria para España, y entré en el

Partido Federalista”.

El tiempo destinado a el título de esta conferencia no permite hacer un análisis en profundidad de la personalidad humana, política y literaria de Vicente Blasco Ibáñez. Sirvan estos breves apuntes como homenaje a un hombre republicano que desde su más tierna infancia escogió los ideales democráticos de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad; y puso al servicio de estos tres sagrados valores su talento como escritor denunciando las grandes carencias precisamente, de libertad, igualdad y fraternidad que sufría la capa española más modesta de la sociedad.

Para ello, fundó dos periódicos: la Bandera Federal, con sólo veintitrés años y El Pueblo. Para ello escribió primero las novelas regionales, y después las sociales.

Blasco piensa que la monarquía es el origen de todos los males endémicos que sufre España y la mejor manera de dejar patente su compromiso de rechazo ante aquella situación es fundar un periódico donde pueda expresar lo que piensa al respecto orientándolo hacia el republicanismo. Corre el año 1900. Cuatro años más tarde funda el periódico El Pueblo. Fue incautado en 1936; le sobrevivió ocho años.

Él escribe de esta manera recordando aquellos años: "Aquellos años —digo, a partir de 1891— están llenos de aventuras, a veces peligrosas: conspiraciones y viajes de propaganda, mítines y procesos. ¿Cuántas veces suspendieron mi periódico? No lo sabría decir exactamente. Mas, calculando el tiempo que fui a la cárcel por días, semanas y meses, puedo afirmar que la tercera parte de aquel período heroico de mi existencia lo pasé a la sombra o huyendo."

El periódico el Pueblo fue un instrumento de educación e información para la sociedad; en él se publicaban además de artículos, novelas, cuentos y poemas por capítulos diarios. Llegaron a publicar escritores tan afamados como Pardo Bazán, Galdós, Zola, Fernán Caballero, Tolstoi. En aquella época Blasco conoció la más absoluta pobreza: su padre, Gaspar, traspasó una de sus tiendas para ayudar a su hijo, y nunca dejó de socorrerle en esos años.

Blasco tuvo que dejar la casa donde vivía y trasladarse con su familia a la

redacción del periódico. La misma sala servía de taller rotativo y de salón. Prometió a su familia que pronto tendrían una casa nueva y esa promesa la cumplió unos años después: se hizo construir la casa de la Malvarrosa, lugar donde hoy tenemos en Valencia la casa museo con algunas de sus pertenencias.

A pesar de esta época de penuria económica Blasco no dejó nunca de ayudar buenamente a los que tenían menos que él. Recogió de la calle a unos golfillos sin techo y les dejó como dormitorio el cobertizo de lo que hasta ahora había sido la redacción y taller del periódico El Pueblo, y que por imperiosa necesidad, aquella única sala principal era además, ahora, el lugar donde vivía con su familia.

A un escritor comprometido no le basta con airear las situaciones vergonzantes e injustas. Se va implicando tanto que llega un momento en que se da cuenta de que la crítica por sí sola no basta frente a los argumentos legales del poder: Tiene que formar parte del juego político de ese poder, para desde la legalidad favorecer el cambio. Sólo que Blasco Ibáñez es capaz de llevar sendas tareas parejas.

En 1898 fue elegido diputado a Cortes. Las Juntas Municipales del partido Fusión Republicana comprueban que de cara a las próximas elecciones tienen asegurados dos diputados y deciden que uno de ellos ha de ser Blasco Ibáñez. La proclama de presentación es como sigue: "Conocéis al literato insigne, al irreductible periodista, al ardiente patriota, al propagandista infatigable y al valenciano de cuerpo entero, en quien tan justificadas esperanzas fundamos todos".

Blasco estaba por otra labor de periodismo responsable pero de nuevo, el fervor de la gente que le aclama y que cree en él le hace aceptar. Además está la inmunidad parlamentaria; con ella podría seguir dando impulso al periódico El Pueblo sin visitar tan a menudo la cárcel.

El compromiso político de Blasco con la ciudadanía estaba en denunciar en sus artículos y a través de sus novelas, así como en sus encendidas manifestaciones verbales, la clara desventaja entre las clases privilegiadas y las gentes del pueblo llano.

Blasco será elegido durante siete legislaturas y los trabajos que implantó y las

reformas que impulsó llegan hasta nuestros días para orgullo de Valencia y de los valencianos. Bajo su influencia se van pavimentando las calles alejadas del centro de la ciudad, se da más sueldo y categoría a los maestros, se fomenta la educación y la cultura, Blasco crea la Banda de música municipal con sesenta profesores. Trabaja dentro de su partido para conseguir que se cierren burdeles y se abran nuevas y amplias vías; diseña el trazado del paseo Valencia al Mar; y dice: "Urge que nos preocupemos prácticamente de los poblados marítimos que nada han ganado con su anexión a Valencia. Las ranas cantan en sus calles, el agua de la lluvia se corrompe ante las casas dos o tres meses después de haber caído, las inmundicias no tienen más vertedero que la vía pública, y veinte mil seres, veinte mil valencianos, llevan una vida de suciedad con menos higiene pública que un aduar africano" "Hay que adecentar los caminos de la huerta, perpetuos lodazales... Hay que aumentar el alumbrado público... Hay que dotar a la ciudad de zonas verdes y jardines... ¡Hay que revolucionar Valencia!

Todos sabemos que durante su mandato como servidor en las Cortes Valencianas, se llevaron a cabo algunos de estos proyectos, y otros todavía hoy están sin acabar, como el trazado del paseo Valencia al Mar, que se ha detenido a su paso por El Cabañal.

Cuando es elegido diputado por Valencia ya tenía publicadas *Arroz y tartana*, 1894, *Flor de mayo*, 1895 y *la Barraca*, 1898. Presenta en la primera el retrato de la clase burguesa valenciana, rodeándola de un ambiente festivo, y de falso fausto que esconde, muchas veces, las miserias de una clase económicamente desheredada que se niega a descender en su posición social.

En *Flor de mayo* nos traslada al ambiente de trabajo de la clase pescadora, de los hombres del mar. Vuelve a detenerse en la lucha del día a día de las gentes marineras que dependen de la generosidad de las aguas del Mediterráneo para su subsistencia. Esta novela fue gestada en la playa de la Malvarrosa. Allí paseaba a diario para ver a los hombres y mujeres en su ambiente de trabajadores del mar. Allí se volvió a encontrar con un recuerdo breve de su infancia: Con Sorolla. Se veían casi a diario. Sorolla pintaba los mismos cuadros que Blasco Ibáñez convertía en palabra escrita. Su amistad duraría muchos años.

Con *la Barraca* presenta la doble lucha de la gente del campo: por un lado el

orgullo vengativo de los labradores hacia los terratenientes, que a menudo eran insensibles a las demandas de aplazamiento de pagos de sus arrendatarios y que tras un hecho dramático, deciden dejar yermas unas tierras. Y por otro lado, la lucha de una familia que llega a labrar esas tierras prohibidas y se ve repudiada y amenazada hasta el desenlace más desesperante.

Le sigue *Entre Naranjos* (1900). En esta novela el problema de la comercialización de los cítricos en una zona acaparada por estructuras caciquiles nacidas de la riqueza que genera la exportación.

En *Cañas y barro* (1902) presenta la vida de la gente de la Albufera. Gente preocupada por el sustento diario; representada por una familia de pescadores y los conflictos internos que genera el rompimiento de una tradición: el tío Paloma, pescador, quería que su hijo, el tío Toni, lo fuera; pero éste se esmeraba en lograr un terreno artificial en el que plantar arroz y trabajaba de sol a sol para lograrlo. Su hijo, Tonet, ni quiere ser pescador ni labrador. No quiere trabajar tanto como sus mayores; sólo que no está preparado para ser otra cosa, y de su fracaso le sobreviene su tragedia.

En estas novelas en las que Blasco importa el Naturalismo francés de Zola, presenta a los trabajadores del campo y del mar como seres faltos de cultura, embrutecidos por el vino y esclavizados por el excesivo horario laboral ante la necesidad de traer el sustento a casa, en una situación extrema que raya en la miseria.

El compromiso político de Blasco pasa por procurar cultura a esas gentes. Lo hace instituyendo, en 1903 la Universidad Popular en Valencia y fundando las Escuelas de Pescadores.

Yo he dicho muchas veces al analizar esta conducta de excesivo celo por la cultura que manifestaba Blasco, que debía creer, y así trataba de hacerlo entender, que en una sociedad culta es más difícil la manipulación. Que a través de la cultura se adquiere la capacidad de comparar y, por tanto, de elegir. Que una sociedad culta hace a sus componentes libres. Eso es al menos lo que yo he observado a lo largo de los muchos años que tengo cumplidos y creo que no es un aserto equivocado.

Continúa con las novelas sociales. La Catedral, El Intruso, La Bodega y la Horda. No es que las regionales no fueran también sociales, es que ahora el escritor va más lejos: Ahora sale de la región valenciana y se adentra en los problemas nacionales. Escoge las provincias de Toledo, Bilbao, Cádiz y Madrid, para hablarnos de las situaciones adversas sobrevenidas en el periodo de la Restauración.

Vendrá su ciclo de conferencias en Argentina. En Buenos Aires se le recibe con gran júbilo popular. Su leyenda de republicano perseguido, de caballero entregado a amoríos, de hombre valiente en los duelos, le había granjeado un clima de admiración entre la colonia de españoles y también entre los argentinos. En nueve meses pronuncia más de cien discursos, a los que seguirá su malogrado intento de colonizador.

La I Guerra Mundial le estalla a Blasco casi recién llegado a París. Blasco ama a Francia por ser la de los Derechos del Hombre, por ser ella la impulsora del republicanismo más romántico. A Blasco le duele en lo más hondo de su humanidad verla invadida por los alemanes, los enemigos de la Democracia.

Blasco domina el periodismo de compromiso, y una vez más escribe artículos que envía a su periódico El Pueblo. Como corresponsal de guerra envía crónicas desde el frente. En un rápido viaje a Madrid y Barcelona, para arreglar unas cuestiones editoriales, se da cuenta del gran poder político que conserva: Un sector de la sociedad española teme que debido a sus escritos como corresponsal, España entre en guerra.

Cabe preguntarse si Blasco no hubiera muerto tres años antes de la llegada de la II República, si España habría conocido la última Guerra Civil, y si habríamos soportado cuarenta años de dictadura franquista; ya que sin ninguna duda, dado su carisma y el carácter universal que alcanzó su persona, habría sido él el encargado de formar gobierno, y por tanto, el dirigente del nuevo destino de España.

De la experiencia vivida en este viaje, y de su participación activa como corresponsal de guerra nacerá la novela que le hará universalmente famoso: Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

No voy a extenderme haciendo un repaso por esta y otras novelas, ya que el

objetivo de presentar a Vicente Blasco Ibáñez como político y escritor comprometido creo que está logrado: Desde muy joven fue político. Y lo fue desde sus protestas revolucionarias, desde sus pasquines republicanos, desde su militancia en política, desde sus actas de diputado.

Y fue un escritor político porque desde su compromiso con los valores de la libertad, la igualdad y la solidaridad, empeñó su talento con la pluma en luchar por los derechos humanos con el noble deseo de elevar el estado de bienestar de la gente más desfavorecida.

En mayo de 1921, el alcalde de Valencia, Ricardo Samper, programa para él una semana de homenajes, y dice: "El día 15 llegará a nuestra ciudad, después, de largos años de ausencia, el insigne novelista Vicente Blasco Ibáñez. Vuelve como un héroe de la antigüedad, aclamado por todos los pueblos, investido con los trofeos de la más fulminante victoria que el mundo ha dispensado a un literato español".

Blasco a su llegada dice. "Aunque yo hubiera escrito diez veces más de lo que he escrito; aunque hubiese cantado a Valencia con aquellos acentos que no hubiese encontrado en ningún poeta desde Homero hasta el presente, aunque yo hubiera realizado las mayores hazañas en el campo de la acción o en el campo de las letras, no llegaría a colocarme al nivel, no llegaría a merecer una manifestación de cariño tan grande como la que me tributáis"

"He vivido fuera de Valencia, pero sintiendo siempre su nostalgia, recordándola siempre; y cuando yo viajaba por lejanas tierras cubiertas de nieve; por otras en que florece el naranjo o eleva la palmera el verde surtidor de sus palmas, pensaba yo con angustia que si moría allí me enterrarían en aquella tierra lejana"; y añade: "Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al Mare Nostrum que llenó de ideal mi espíritu; Quiero que mi cuerpo se confunda con esta tierra de Valencia, que es el amor de mis amores".

Sin embargo, no fue en Valencia, sino en Mentón donde falleció, víctima de una bronconeumonía cuando se disponía a escribir, según él, la mejor de sus novelas: la llamaría La juventud del mundo.

El 28 de enero de 1928, Blasco se incorpora bruscamente de la cama y grita: "¿Veis las carabelas? Es Víctor Hugo. ¡Que pase, decidle que pase! —Y dejándose caer sobre la almohada exclama—: Mi jardín, Mi jardín... y expiró.

Al día siguiente todos los periódicos del mundo llevan en su primera página esta frase: Blasco Ibáñez ha muerto. El ABC dice: "Con Blasco Ibáñez desaparece, para no encontrar sustituto en muchas décadas, no sólo el primer novelista español, sino el único valor universal legítimo de nuestra literatura contemporánea que España podía ostentar fuera y dentro de ella. Blasco Ibáñez se incorpora inmortalmente a las grandes figuras de la literatura que las demás naciones han otorgado a la Historia a través de los siglos. Acaso nadie como Blasco Ibáñez en la literatura española ha sido el exaltador de las muchedumbres, el cantor de las grandes gestas sociales y de los ideales eternos".

Cinco años más tarde, en 1933, todos los periódicos del mundo se hacían eco de una noticia. Reproduzco escuetamente la de uno de ellos:

"El 29 de octubre llegaron a nuestro puerto los restos mortales de Vicente Blasco Ibáñez fallecido en 1928 en la ciudad francesa de Mentón. A hombros de 22 hombres fue trasladado por todo el Camino del Grao hasta Valencia, en medio de una de las más impresionantes manifestaciones de duelo que se recuerdan. Al funeral asistieron el Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, y varios miembros del Gobierno. De esta manera se cumplían los deseos del escritor expresados en la fiesta de la calle la Barraca. En la avenida del Puerto las bandas de música interpretaba composiciones al paso del féretro".

Efectivamente, su regreso desde Mentón a Valencia fue apoteósico: Los honores de Ministro que se le rindieron, las veinte mil palomas que se soltaron cuando el Acorazado Jaime I llegó al puerto de Valencia con su féretro, y cómo el Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, acompañado de innumerables personalidades, junto con el pueblo valenciano, recibió sus restos el veintiocho de octubre de mil novecientos treinta y tres, a las nueve de la mañana. Blasco volvía así, con todos los honores, a ocupar un humilde nicho, según él dejara dicho, en el Cementerio de Valencia, la Valencia que tanto amó.

Hasta aquí, estimados amigos, este acercamiento a la figura de Vicente Blasco Ibáñez. Agradezco a Dña. Encarnación Sánchez Arenas su deferencia hacia mi persona al disponer un lugar para mis escritos en la magnífica web que dirige y por la que la Cultura siempre estará en deuda con esta incansable abanderada que tanto la apoya.

Isabel Oliver

Presidente del Ateneo Blasco Ibáñez.

Fundadora del Movimiento Escritores pro Derechos Humanos.

Carta a la mujer maltratada

A ti, mujer africana, oriental, occidental. A ti, que pusiste tus sueños de felicidad en unas manos que te acariciaran, y dibujaron moratones en tu cuerpo. A ti, que creíste que la igualdad era posible y sigues caminando dos pasos detrás de él anulando tu ser con su alargada sombra. A ti, que fuiste cambiada por dinero o por camellos. A ti, que buscas escapar de tu condición de sometida y recibes la muerte como escarmiento a tu insolencia. A ti, que ya no puedes oírme porque encuentras la paz que jamás tuviste, bajo un vestido de tierra putrefacto. A ti, mujer maltratada, te quiero preguntar:

¿Por qué de repente decidiste decirle basta cuando volvía borracho tras gastarse la mitad del sueldo el día de paga? Si tú ya estabas acostumbrada a salir a echar unas horas como asistenta doméstica para llegar a fin de mes.

¿Por qué te negaste a satisfacerle sexualmente soportando su olor a sudor y pestilente aliento? Si ya era la enésima vez que pasaba y sabías que después quedaría dormido y al otro día sería el hombre “normal” de siempre? ¿Por qué cuando supiste que frecuentaba a otras mujeres no cerraste los ojos y continuaste siendo la esposa sumisa y consentidora, si al fin y al cabo, tú eras la legítima. ¿Por qué no permitiste que pegara a tus hijos? Si sabes que cuando niña a ti te han pegado como una forma recomendada de educación... ¿Por qué pensaste que quizá la felicidad existía y buscaste el refugio de otros brazos? Si tú le perteneces de por vida por derecho de matrimonio. ¿Por qué poco a poco fuiste increpándole su conducta desordenada hasta desatar su ira y provocar las magulladuras con que su puño tatuó tu cuerpo?

¿Es que no aprendiste nada de tus ancestros? Tú, mujer, ¿acaso no sabes que en muchos países no tienes derecho a ser tratada como adulta, y que has de estar de por vida tutelada por tu padre primero, y después por tu marido? ¿Que a pesar de haber sido ratificada por tu país, la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación a la Mujer, aprobada desde hace veintisiete años por la ONU, todavía se niega a positivizarla, es decir, a darle trámite legal que culmine en tu efectivo amparo por parte de la Justicia? ¿No sabes que hay libros que indican cómo pegarte sin dejarte marcas?

¿Acaso aquí, en España, no estuvieron tu madre y tu abuela educadas en la

doctrina imperante del nacional catolicismo, que exigía la devoción al hombre como medida educacional de la futura esposa?

¿No sabes que has nacido para ser barro en sus manos? Él tiene la potestad de modelarte. Él, la persona incapaz de madurar y responder democráticamente ante una situación de igualdad contigo, no puede aceptar que tú tienes razón cuando reclamas tu espacio. Le resulta muy cómoda la intimidad del hogar para perpetrar impunemente el alevoso delito del maltrato.

No has aguantado más. Le has gritado, y hoy estás muerta. Has querido poner fin a tu desesperante situación, y hoy estás muerta. Has querido echarle fuera de tu vida, y hoy estás muerta. Has querido recobrar tu dignidad, y hoy estás muerta. A pesar de que en muchos países tienes reconocida la igualdad con él, hoy estás muerta.

Ya que tú no puedes hacerlo, el Ateneo Blasco Ibáñez ha querido llevar tu angustiada voz de mujer maltratada, y sumarnos así al homenaje que se te brinda en todo el mundo, para que simbólicamente ganes la batalla a tu asesino y seas restituida ante él en los derechos de dignidad e igualdad que jamás te reconoció.

A este fin muchos poetas valencianos te han escrito un poema que habla de lo importante que fue tu lucha íntima por demostrarte a ti misma que no eras una nulidad, que tenías dignidad, que el equivocado era él por sustituir el diálogo por la violencia; y así quieren mostrar el rechazo social hacia tu maltratador.

Queremos que en nombre de todos sea comprendido el mensaje que se pretende llevar en tu nombre: Mensaje de proyecto común entre Cultura, Política y Medios de comunicación, por encima de los intereses de partido. Quisiéramos que se comprendiera que tu muerte reclama todos los esfuerzos de todos los campos en un solo grito, para cambiar el modo de pensar de buena parte de la sociedad que todavía practica la herencia del absolutismo doméstico, desde que la Democracia le desposeyera de ese derecho.

Por eso hoy, en tu nombre, El Movimiento Escritores pro Derechos Humanos, del Ateneo Blasco Ibáñez, emite esta carta abierta con la finalidad de seguir creando conciencia social y evitar que sigas recibiendo malos tratos, y sobre todo, que sigas muriendo.

Isabel Oliver
Presidente del Ateneo Blasco Ibáñez
Fundadora del Movimiento
Escritores pro Derechos Humanos.